

EL EVANGELISTA

se ha
el su-
cla-

NO HE SIDO PUESTO PARA LA DEFENSA DEL EVANGELIO.—FILIPENSES 1:1

AÑO IX.—NUM. 51.

SAN JUAN, PUERTO RICO.

FEBRERO 10. DE 1912

Entered at second class matter Mayo 5 de 1909, at the Post Office San Juan, Puerto Rico.




Mirad á las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfólfes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? —Jesús




Consejos

I

LA ALEGRIA

No retengas la dicha. Si la tienes
La debes transmitir,
Ese bien que te alegra no fué dado
Tan sólo para tí.
Mensajera del cielo es la alegría,
Que tras los tristes de la tierra va,
Dejémosla que enjугue muchas lágrimas,
Dejémosla volar.

II

EL DOLOR

No temas el dolor. Calma el ajeno
Sin combatirle con tenaz porfía;
Guarda el tuyo en tu seno,
Porque el dolor es bueno,
Como es amable y dulce la alegría.
Sólo ese triste y noble compañero
Nos puede dar de la virtud la palma,
Y carácter magnánimo y entero.
Cual templea en contrastes el acero,
Al choque del dolor se templea el alma!

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS.




Escudriñad las Escrituras; porque á vosotros os parece, que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí;—Jesús





Editorial

EL FIN DE LA VIDA

"Un hombre noble se partió á una tierra lejos, á tomar para sí un reino y volver.

Y llamados diez siervos suyos, les dió diez minas y les dijo: Negociad entre tanto que vengo." Lucas 19: 12-13.

El Conde de Tolstoi, filósofo ruso hace la pregunta en uno de sus libros: ¿Para qué fin tenemos vida aquí en la tierra?

Y nosotros discípulos de Cristo podemos muy bien repetir la pregunta: ¿Para qué fin tenemos nuestra vida aquí en la tierra?

El Evangelio nos contesta que la vida es una responsabilidad solemne que nuestro Dios nos ha dado para que la empleemos bien.

La vida y los talentos que hemos recibido no nos pertenecen, nos dice: "Negociad entre tanto que vengo".

El, siendo el dueño de todos, tiene derecho á todos los frutos de nuestros esfuerzos en la vida.

"Así vosotros, cuando hubiéreis hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos inútiles somos; porque lo que debíamos de hacer, hicimos".

Ahora bien, ¿qué es el trabajo que nos corresponde hacer como siervos del Señor?

La contestación es clara. El trabajo consiste principalmente en salvar las almas de los hombres.

"El reino de los cielos es semejante á la levadura que se esconde en tres medidas de harina, hasta que todo se leude".

No solo á los pastores y predicadores corresponde este trabajo de salvar las almas; sino también á todos los siervos de Dios en el mundo.

Todos los que han recibido talentos de su Señor tendrán que responder por su debido uso.

*
* *

El fin es glorioso. Los resultados que buscamos son los más importantes que pueden ocupar la inteligencia y el corazón de los hombres.

El arquitecto edifica un templo que ha de durar, á lo más, por algunos siglos. Los siervos del Señor trabajan para salvar las almas inmortales.

Cien mil hombres trabajaron por muchos años para levantar las pirámides en honor de los reyes de Egipto, y en pocos siglos más han de desaparecer para siempre del desierto donde fueron edificadas.

Pero el trabajo de la iglesia de Cristo tiene por fin la salvación de almas cuyas alabanzas han de llenar los cielos, por siglos sin fin.

Una capilla evangélica por humilde que sea, donde es adorado el nombre de Dios en espíritu y en verdad, tiene más importancia, para las huestes de los cielos, que todos los palacios del mundo.

Pero hay miles de hombres, y aún algunos que son miembros de las Iglesias cristianas, que no reconocen este su gran deber.

Son como el siervo malo y negligente que escondió su talento en la tierra, su vida no tendrá ningún fruto bueno para su Señor.

Son como la higuera de la parábola. El señor vino á buscar fruto en ella y no halló; y dijo al viñero: He aquí, tres años ha que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo: córtala, por que hará inútil aun la tierra.

«El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto.»

"En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; así seréis mis discípulos."

Cuadro del natural

La Caída de un Cojo

Son las 6 de la tarde.

Habiendo comido ya, salgo á dar un paseo por las afueras de la población.

Poco después de salir de la ciudad y frente á su arrabal principal, la Plazita, veo un hombre que cae de repente en la carretera.

Permanece completamente quieto, y un automóvil pasa rozando su sombrero, el cual está como á dos pies de su cabeza.

El hombre, á pesar de esto, no hace ningún esfuerzo por pararse. Sigue rígido como una estatua.

Algunos chicos se acercan para ayudarlo á levantar.

Con asombro y pena observo que se trata de un infeliz que ha perdido casi toda una pierna, pues apenas le queda la tercera parte del muslo.

Como el levita y el sacerdote de la parábola del Buen Samaritano, me siento inclinado á seguir adelante, como si acaso pudiera justificar tan inhumana actitud con la indiferencia general que noto en los muchos hombres y mujeres que contemplan el cuadro: ¡un pobre cojo tendido á lo largo de la carretera, expuesto á los peligros de los numerosos carros, coches y automóviles que cada rato pasan! Seguramente que de continuar así, va á perecer dentro de poco bajo las ruedas de los carruajes que con frecuencia circulan por esta parte de la ciudad.

La conciencia me grita con penetrante voz: ¡detente! Los niños, que forcejean por librar al caído, como que parecen decirme: ¡Ven, ayúdanos á salvarlo!

Por fin, la voz de la conciencia y el buen ejemplo de los muchachos, los buenos samaritanos de mi historia, me obligaron á ir en ayuda del inválido.

Yo cojo al hombre por una mano, un muchacho por la otra y otros dos se apoderan del par de muletas, para ponérselas debajo del brazo, tan pronto logremos pararlo.

¡Tarea inútil! Ni yo ni los muchachos tenemos fuerzas suficientes para levantarlo, y además, el hombre está tan completamente borracho, que apenas puede moverse.

Entonces llamo un hombre fornido para que nos ayude. Este viene, y después de ver el desfallecimiento del infeliz beodo, llama á un joven, quien lo empuña por los pies, mientras el y yo lo agarramos por las manos. Los muchachos nos siguen con las dos muletas y el sombrero.

Al frente hay una tienda, y allí lo ponemos, entretanto venga un policía se haga cargo de él.

Es un pordiosero que viene de Cayey, y sin embargo me aseguran que aún le queda una gran cantidad de dinero, no obstante lo mucho que ya ha desperdiciado bebiendo por el camino.

Como notase que yo me retiraba, me extiende su diestra diciendo con voz aguardentosa: "Oiga, tengo que *hablar científicamente con Ud*". Entonces yo le replico más ó menos: ¡Para *hablar científicamente* está Ud. ahora!

Al separarme del corrillo que se ha formado comentando vivamente el suceso, una mujer se dirige á mí, y exclama indignada.

"¡Se necesita ser bien criminal, para vender licor á esa clase de gente!"

Y puede ser que esa mujer tenga razón,

El sociólogo, el legislador, el periodista y el moralista debieran fijarse en eso.

No se trata de casos aislados; se trata de una verdadera epidemia social. Lo que yo he visto en plena carretera y y á la entrada de una ciudad populosa como la de Caguas, es lo que estamos viendo todos los días desde San Juan hasta la última aldea de Puerto Rico. Los seres que por su constitución física ó su condición económica son los menos aptos para la lucha por la vida, los elementos más débiles del conglomerado social, los miserables que se hartan de las migajas que les lanzan los señores del mundo, los cojos, los ciegos, los mancos, los tullidos, las mujeres sin oficio, los niños sin padre, pidiendo limosnas, no para nutrir sus endebles organismos, sino para bebérselos en ron, ginebra ó anís. Y el comerciante, q. sólo está por ganar, le vende anís adulterado, ron malo y ginebra peor, por echar en su caja uno, dos, tres ó cinco centavos más.

Y estos infelices se enamoran, y tienen hijos, y legan á la sociedad una generación más degenerada física y moralmente que ellos. En cambio de los centavos que ganen el licorista y el tendero, tendremos una población creciente que dará continuamente candidatos para el hospital, para la cárcel y, por último, para el patíbulo.

Abelardo M. Díaz.

Caguas, Enero 11, 1912.

El amor y la simpatía

Dos influencias que se fugan y son un llamativo especial para el odio y la diatriba armas resistentes que debilitan la naturaleza humana. Damos el afecto y lo recibimos, cuando tratamos con amor y simpatía á cualquiera persona, luego son suficientes estas dos relacionadas influencias, para evitar el desagra-